



PRIMERA  
PARTE





*Ven a mí, ven, despiadada muerte  
y en triste ciprés dejadme yacer.  
Vuela, aliento, ya nunca despierte  
por cruel doncella he de perecer.*

**Noche de reyes**







En las calles de la bella Verona, el sol estaba caliente. El verano se acercaba a su fin, y el sol, ¡ah, cómo ardía! Arrancaba reflejos a los adoquines, y los mendigos rezongaban y se quemaban los pies descalzos y sucios. Se derramaba sobre los mercaderes, y les caía el sudor por el cuello los días de mercado. Y las grandes familias... bueno, estaban a salvo en sus frescas casas de piedra, con sótanos lo suficientemente profundos para conservar un poco de frescura, pero cuando aquellas emergían al ponerse el sol, el aire aún estaba denso y caliente.

Sí, el calor pesaba sobre Verona. ¿Sería por eso que sus habitantes andaban cabizbajos? ¿Que se acallaba el bullicio habitual de la ciudad, y su gente caminaba de a dos o de a tres, hablando en susurros, para luego desaparecer por las puertas en sombras?

¿O era acaso por la muerte?

Había sido un verano sangriento. Noche tras noche, en las calles resonaba el eco de pasos, el roce de aceros. Los nombres de los muertos pasaban de gargantas roncadas a oídos incrédulos. Mercucio. Teobaldo. Paris. Romeo. Julieta.

Había pasado una quincena y algunos días más desde que las flores de la juventud de la ciudad habían terminado de segarse entre sí. Sacudidas por la pérdida de tantos de los suyos, las grandes casas Montesco y Capuleto habían jurado poner fin al derramamiento de sangre. Apenas tres días antes, el gran Montesco, como prueba de la amistad que ofrecía, había develado su obsequio para su antiguo enemigo: la estatua representaba a una mujer joven y bella, poco más que una niña. Hecha en oro puro, se alzaba sobre la tumba de una dama a quien Montesco jamás le había dirigido la palabra en vida. La única hija de su mayor enemigo. La esposa del hijo de Montesco durante cinco días. Julieta Capuleto.

Era una obra hermosa, el homenaje de Montesco a su nuera muerta. Aquella mañana en Verona, el amanecer se reflejaba en su rostro dorado. El cementerio estaba vacío, pero de haber habido algún visitante en ese momento, habría observado la expresión hábilmente lograda de tristeza con la que esa figura contemplaba la estatua de su amado Romeo, del otro lado del portal. Habría reparado en el hermoso poema escrito en el pedestal de la joven, un lamento por su muerte prematura.

Y cuando los primeros rayos del sol besaran la forma rígida de la bella Julieta, habría visto la palabra RAMERA garabateada en su rostro con pintura negra.



—Solo ponte el vestido, te lo ruego, Livia.

Lady Rosalina extendió el vestido negro hacia su hermana menor por lo que le pareció la centésima vez.

Livia frunció la nariz con disgusto y eludió a Rosalina.

–¿Realmente debemos seguir vistiéndonos de luto, Rosalina? Estoy segura de que la prima Julieta no desearía esto.

Rosalina se dio por vencida, dejó de intentar atrapar a Livia y se dejó caer en la cama de su hermana.

–Ella te lo dijo, ¿es así? ¿Acaso su sombra te lo susurró desde la cripta?

Livia rio y tomó el vestido negro. Lo arrojó al suelo y empezó a bailar sobre él. Livia jamás caminaba si, en cambio, podía practicar el último giro con reverencia de la corte.

–Así es. Pasé por la cripta de los Capuleto y su fantasma me susurró: “Prima, no te pongas esos feos vestidos de luto por mí, pues prefiero que me recuerden con alegría y no con ropajes negros que hagan sudar a todos los hombres y mujeres de la familia con el calor del verano. Además, deseo que tengas mi brazalete de coral”.

–Una sombra parlanchina, nuestra prima –Rosalina recogió el vestido y le alisó las arrugas–. Claro, siempre lo fue en vida.

Los ojos de las hermanas se encontraron en el espejo. Livia se detuvo en medio de un giro. Por un momento, su vivacidad flaqueó y cedió, como un velo que el viento aparta.

Las hijas huérfanas de Niccolo Tirimo no lloraban mucho. Era uno de los pocos rasgos que compartían. Livia, de quince años, había reído mucho en las últimas semanas. Un extraño quizás la habría considerado insensible, pero su hermana sabía que no lo era. Cuando más reía Livia era cuando estaba asustada.

A Rosalina, la mayor con sus diecisiete años, no había dejado de dolerle la cabeza desde el inicio de la matanza. Una vez más le palpitaron las sienes al mirar en el espejo los ojos grandes de

Livia, llenos de lágrimas contenidas, y empezaron a filtrarse por la mente de la hermana mayor los nombres de los muertos: el alegre Mercucio, por quien suspiraba la mitad de las damas de Verona, asesinado por la espada de Teobaldo. El mismo primo Teobaldo, que tanto protegía a las mujeres de su familia Capuleto, caído bajo la espada de Romeo. El conde Paris, pariente del príncipe, que se había desangrado en la puerta de la tumba de su amada. Romeo, heredero de los Montesco. Y Julieta, la flor de los Capuleto.

La Julieta cuya muerte lamentaba Rosalina no era la hermosa doncella por la que lloraba Verona. La ciudad lloraba por una heredera joven y bella; Rosalina, en cambio, recordaba una mano pegajosa en la suya, una vocecita que le ordenaba esperar para que las piernas más cortas de Julieta pudieran alcanzarla, el asombro y la diversión en los ojos de Julieta cuando compartían alguna travesura especialmente atrevida. Cuando Rosalina era pequeña, había pasado mucho tiempo en compañía de la única hija de su tío Capuleto. Aunque Julieta tenía varios años menos que Rosalina, la imperiosa niña heredera de Capuleto había preferido estar con las muchachas mayores, y Rosalina no podía negarse. Por fortuna, Julieta había sido una niña inteligente y de gran corazón, de modo que su compañía no resultaba un problema. La madre de Rosalina, lady Katherina, había sido dama de compañía de la princesa María de Verona, y a menudo llevaba consigo a sus hijas y a su sobrina al palacio, donde pasaba sus días. Julieta, Livia, Rosalina y la hija de la princesa, Isabel, habían hecho del palacio su patio de juegos.

Aquellos días de retozar por el palacio y por la casa Capuleto, provocando al hermano mayor de Isabel, Escalo, y enloqueciendo

a la nodriza de Julieta, habían sido los más felices de la vida de Rosalina. Por entonces, sus padres aún vivían. Su madre era hermana de lord Capuleto, y su padre era un noble de la costa oeste; ella y Livia no tenían la misma categoría que su prima Julieta, pero tenían un sitio asegurado en Verona.

Pero cuando Rosalina tenía once años, su padre murió, y todo empezó a cambiar. El infortunio al que no se vio sometida en su niñez feliz pareció llegar en el lapso de unos pocos años. Como su padre no había tenido hijos varones, la mayor parte de sus tierras y su fortuna pasaron a manos de un pariente lejano, con lo cual las niñas y su madre quedaron en circunstancias muy reducidas. Poco después, la princesa María murió al dar a luz a un bebé muerto, y a Isabel la enviaron a criarse con la familia real de Sicilia, lo que puso fin a la relación estrecha de la familia de Rosalina con el palacio. Su madre nunca se recuperó de la conmoción por la pérdida de su esposo, y lo siguió a la muerte menos de dos años más tarde. Atrás quedaron los días en que Rosalina y su familia vivían en una hermosa casa en el centro de la ciudad, cuando además contaban con la apreciada compañía de las damas jóvenes más ricas y nobles de la ciudad. En cambio, Rosalina y Livia fueron a vivir con la madre de lady Capuleto, tía abuela de Rosalina por matrimonio. La propiedad de la duquesa de Vitruvio quedaba en las afueras de la ciudad, pero a veces tenían la impresión de haberse mudado a otro continente. Los ambiciosos lord y lady Capuleto ya no las consideraban dignas de jugar con su hija, y prácticamente les habían prohibido la entrada a su casa. Desde entonces, las hermanas habían visto a Julieta solo en las fiestas, algunas veces al año, y por lo general, desde lejos.



En esos años terribles, Rosalina lamentó la pérdida de Julieta. Fue entonces cuando debió sobrellevar la ira y la soledad mientras aprendía a consolar el llanto de Livia, que era demasiado pequeña para entender por qué su amiga ya no las invitaba a visitarla. Por eso, lo que ahora lastimaba el corazón de Rosalina era que ya no conocía a la joven que se había quitado la vida en la cripta de los Capuleto.

Rosalina suspiró, pasando los dedos por el marco de la ventana, y dejó que se borrara de su mente la visión de la niña dulce y consentida que había sido Julieta. A pesar de todo el infortunio que habían sufrido ella y Livia, su situación actual no era mala. Compartían una casa pequeña y modesta en el fondo de la propiedad de su tía abuela, y la duquesa, a quien poco le interesaba lo que hicieran sus tuteladas pobres, casi no se inmiscuía en sus vidas. Rosalina no lamentaba que su pariente Capuleto las ignorara; los acontecimientos del verano habían demostrado a las claras que el hecho de pertenecer al círculo de los Capuleto era tanto una maldición como una bendición. Y tras la muerte de su madre, un rico mercader de Messina había alquilado su casa por una suma sorprendentemente generosa, lo cual permitía que Livia y Rosalina tuvieran lo suficiente para vivir y, cuando llegara el momento, para casarse. O, al menos, para que Livia se casase. Para sí misma, la hermana mayor tenía planes un poco diferentes.

Rosalina jamás diría una sola palabra de ello a su familia, pero el dolor que sentía por la muerte de Julieta no era mayor del que sentía por el del Montesco enamorado de su prima. Cada vez que Rosalina pensaba en Romeo, la envolvía un sentimiento de culpa tan grande que casi deseaba que la absorbiera por completo.

*Basta, se dijo, enojada. Sabes que no habrías podido salvarlo. A ninguno de ellos.*

Pero no era verdad. Toda Verona sabía que había, por lo menos, un hombre al que habría podido salvar. Pues antes de amar a Julieta, Romeo la había amado a ella. Y ahora aquel joven dulce y enamorado estaba muerto.



El príncipe Escalo salió de la ciudad a toda prisa.

El jubón se le adhería a la espalda por el sudor, y sentía a su semental, Benicio, esforzándose debajo de él, pero no se detuvo ni aminoró la marcha mientras las murallas de Verona quedaban más y más atrás. Su cabalgata diaria fuera de la ciudad era el único placer que se permitía en estos tiempos turbulentos, y últimamente le parecía que tenía que alejarse cada vez más, para escapar de la sensación de que la ciudad lo sofocaría.

Había despertado esa mañana temblando por una pesadilla en la cual los anteriores monarcas de la ciudad se reunían a los pies de su cama para condenar su incapacidad de evitar la matanza entre la juventud de Verona. Esa pesadilla lo había acompañado todo el día, y su mente preparaba reflexivamente argumentos para rebatir las acusaciones de sus ancestros. *Traté de detenerlos. Su hostilidad estaba demasiado arraigada. Al fin lo he concluido.* Trató de enfocar su mente en eso, en cómo había inducido a las casas Montesco y Capuleto a erigir estatuas, el uno en memoria del hijo del otro. Había estado allí dos días atrás, cuando los dos señores las habían develado en una muestra inquieta, pero decidida, de unidad pública: Romeo y Julieta, dorados,

bellos y juntos para siempre. Era el Día de Lammas, el primero de agosto, y al padre de Julieta se le quebraba la voz al contemplar la imagen de su hija, pues ese día ella habría cumplido catorce años, de haber vivido. Pero él había prometido la paz en la voz más alta que había podido, igual que Montesco. Sin embargo, nada de ello impedía que Escalo imaginara la mirada reprobatoria de su padre.

En fin, no había tiempo para lamentarse. Ambas casas habían prometido poner fin a la violencia; él haría lo que fuera necesario para que cumplieran esa promesa, especialmente porque algún vándalo perverso ya había pintarrajeado el monumento a Julieta. Tenía un deber para con su ciudad.

Por más que ansiara cabalgar y cabalgar y dejarlo todo atrás de una vez.

Con un suspiro, sofrenó por fin a Benicio y siguieron caminando. El caballo obedeció con un relincho de protesta; su apetito por la velocidad superaba el de Escalo. Los árboles proyectaban sombras largas sobre el camino, cuyo polvo anaranjado adquiriría un tono rojo sangre por el sol que caía. Casi empezaba a anochecer: hora de regresar a la ciudad. Pero justo cuando estaba a punto de dar media vuelta, divisó una nube de polvo que se acercaba a toda velocidad. ¿Qué diablos...? ¡Oh!

Escalo acicateó al ansioso Benicio y volvió a ponerlo al galope. Conforme se iban aproximando a la nube de polvo, esta fue dejando entrever un carruaje, rodeado por media docena de jinetes bien armados. El cochero dio la voz de alto al verlo acercarse.

—¡Alto! —le gritó el capitán de los jinetes—. ¿Sois amigo o enemigo?

Aquel hombre debía ser extranjero. Escalo usaba ropa sencilla para sus cabalgatas diarias, pero sus súbditos de la ciudad y

sus alrededores conocían su rostro. Estaba a punto de informar su identidad al desconocido cuando se abrió la portezuela del carruaje y por ella se asomó una dama alta y delgada. Llevaba un vestido elegante y el cabello rubio recogido en trenzas que le rodeaban la cabeza, en un estilo desconocido en Verona, pero su sonrisa era tan familiar como verse al espejo.

–Paz, buen capitán –dijo ella–, es solo mi hermano. Vaya suerte encontrarte, Escalo.

–Una suerte en verdad, Isabel –se acercó para ayudarla a bajar del carruaje y abrazarla, y sintió que una sonrisa se le extendía por el rostro... una sensación poco habitual últimamente–. No esperaba que llegaran hasta dentro de unos días.

–Hicimos buen tiempo desde Messina, una vez que pudimos convencer a los amigos de mi esposo de dejarme partir. Pero ya no podía esperar para venir a casa –rio con deleite–. ¡Verona! ¡Cuánto la eché de menos estos años, desde mi partida! Debes organizar una fiesta en mi honor, Escalo, para que pueda reencontrarme con todos nuestros viejos amigos –Escalo sonrió, pero no respondió, e Isabel lo miró con curiosidad–. Espero no haberme adelantado demasiado.

Escalo meneó la cabeza.

–En absoluto. Tu visita es la única buena noticia que he tenido esta quincena.

Isabel frunció el ceño.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado en nuestra bella ciudad?

Escalo apartó la mirada.

–Es una historia demasiado gravosa para quien llega cansado de viajar. ¿Cómo se encuentra Su Alteza, tu esposo?

–Don Pedro es todo bondad, apacible y virtuoso. Se quedó en

Messina visitando amigos. Pero te ruego que no cambies de tema. ¿Qué sucede, Escalo?

Él hizo una mueca. Su hermana era una mujer adulta y princesa por derecho propio, pero aún tenía una capacidad sobrenatural para exigirle que hablara de los temas que él más deseaba evitar.

—Tiene que ver con los Montesco y los Capuleto.

Isabel alzó los ojos con exasperación.

—¿Otra riña callejera?

Escalo contuvo una risa amarga al oír esa descripción de la matanza.

—Entre otras cosas. Ven, cabalguemos juntos y te lo contaré.

Los hombres de ella le acercaron un caballo. Escalo la ayudó a montar y pusieron rumbo a la ciudad lentamente, seguidos por los guardias y el carruaje de Isabel.

—Hermana, ¿recuerdas a la joven Julieta? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿La primita de Rosalina, dices? La hija de Capuleto.

Pocos describirían a la flor de los Capuleto como “la prima de Rosalina”, pero por supuesto, Rosalina había sido la amiga especial de Isabel cuando eran niñas y la madre de Rosalina de Tirimo era dama de compañía en el palacio. Escalo mismo había pasado la mayor parte de los días en compañía de Rosalina antes de que lo enviaran a otro hogar; al padre de Escalo le había parecido mejor que sus dos hijos vivieran y estudiaran en otras cortes, para conocer mejor el mundo fuera de Verona. Con excepción de una o dos visitas breves, Isabel llevaba seis años ausente de Verona, y por ello no había presenciado lo peor de la lucha entre las familias. Ahora Escalo casi no veía a Rosalina: cuatro años atrás, cuando el padre del joven falleció

y él regresó a casa para ser coronado, la niña alegre y lista se había transformado en una joven huérfana solemne, y él había estado demasiado ocupado con sus deberes reales para pasar el tiempo con sus compañeros de juegos de la niñez.

–Sí, ella misma. Julieta está muerta.

–¡Muerta!

–Así es. Hace tres semanas, a mediados de julio, conoció a Romeo, el hijo y heredero de Montesco. Parece que se casaron en secreto.

Los ojos de Isabel se dilataron.

–¿Un hijo de Montesco, casado con una dama Capuleto? Fueron sensatos al no decir nada.

–Sí –Escala tenía la mandíbula apretada–, aunque imprudentes y desacertados en todo lo demás. Tontos impetuosos. El caso es que Teobaldo, el primo de Julieta, se disgustó con Romeo y sus amigos, y lo retó a duelo en la calle. El amigo de Romeo lo enfrentó por él y murió a manos de Teobaldo.

–¿Amigo de Romeo? Otro Montesco, supongo.

–No, hermana –Escala se acercó para apoyar una mano en la de Isabel–. Fue Mercucio.

Isabel jaló las riendas súbitamente.

–¡Ay de mí! ¿Mercucio? ¿Nuestro pariente?

–El mismo.

–Espero que no hayas dejado libre a su asesino, hermano.

–Lo habría castigado, de haber tenido la oportunidad. Después de matar a Mercucio, el mismo Teobaldo fue asesinado por Romeo.

Las manos de Isabel aferraban las riendas con fuerza. Su sonrisa radiante se transformó en un ceño fruncido. Con cuánta fuerza volvían los pesares de Verona a quienes habían escapado de ellos.

–Me alegro.

–¡Isabel! Te prohíbo que hables así. Verona tiene que entender que la justicia de la Corona...

–Al diablo la justicia de la Corona –replicó Isabel–. Y ahora soy princesa, Escalo; no puedes prohibirme nada. Si el joven Romeo venció la muerte de Mercucio, le daré las gracias.

–No en este mundo. Exilié a Romeo por su participación en ese derramamiento de sangre; huyó de Verona y dejó a su joven esposa en casa de los Capuleto. Ellos, sin saber nada, habían dispuesto que Julieta se casara con el conde Paris –Isabel se estremeció; el conde Paris era otro miembro de su familia–. Sí, este relato infausto trata sobre muchas almas nobles. Para escapar de esta unión adúltera, Julieta logró que un fraile la ayudara a simular su muerte para poder escapar y reunirse con su amado.

–¿Simular su muerte?

–Sí. El fraile le dio a Julieta una poción que le indujo un sueño tan profundo que, en apariencia, la vida la había abandonado. La depositamos con toda tristeza en la cripta de sus ancestros, donde su amado debía encontrarla, pero él nunca recibió el mensaje que le habían enviado y solo se enteró de su muerte. Romeo regresó y halló lo que creyó el cadáver de su amada, y se quitó la vida. Julieta despertó, lo encontró muerto, y lo siguió sin demora.

Isabel contempló las murallas de la ciudad que se alzaban ante ellos. Sus manos vacilaron en las riendas, como si estuviera pensando dos veces antes de visitar su ciudad natal.

–En el nombre de Dios, una temporada aciaga. Triste momento escogí para mi regreso a casa. Todas esas vidas jóvenes... Dime que, al menos, el primo Paris se salvó de todo esto.

Escalo meneó la cabeza.

–Romeo le quitó la vida en la entrada de la tumba de Julieta.

–¿Y dices que todo esto empezó hace tres semanas?

–Casi. Por lo que hemos colegido, Romeo y Julieta se conocieron en una fiesta en casa de Capuleto el catorce de julio, y en el lapso de una semana se casaron y murieron.

–¿Y ahora? ¿Las casas están en paz?

Escalo se encogió de hombros con pesadez.

–Eso dicen. Los padres dolientes han jurado que la muerte de sus hijos los ha curado de su enemistad. Hasta han erigido estatuas de los dos enamorados en su sepulcro.

Isabel lo miró con perspicacia.

–Pero tienes poca fe en ese juramento.

–Si durante tantas generaciones no pudieron curar su ira, ¿acaso lo harán por un verano de sangre? Montesco y Capuleto tienen buenas intenciones, pero no mucho control sobre los jóvenes de sus casas, que andan por las calles día y noche, las manos listas junto a las espadas. No es sino cuestión de tiempo.

–Eso no lo sabes. ¿No les dejarás dar prueba de su penitencia?

–Más bien la refutarán con más cadáveres de súbditos míos – Escalo meneó la cabeza–. No, será menester algo más que estatuas bonitas para traer paz a mi ciudad.

–Tu ciudad. Hablas como nuestro padre.

–Nuestro padre mantuvo la paz hasta el día de su muerte.

–Eso es un decir. Montescos y Capuletos se mataron a granel durante su reinado. ¿Qué piensas hacer?

Escalo suspiró y se pasó una mano por la frente sudorosa.

–A mi fe, no lo sé.



–Es extraño pensar que Julieta pudiera ser tan imprudente –comentó Isabel–. Rosalina jamás habría hecho semejante cosa. Era la más lista de mis amigas. Si Romeo la hubiese amado a ella, nada de esto habría ocurrido.

–En realidad, él... –Escala se interrumpió–. ¡Ah! Desde luego.

Isabel lo miró sin comprender.

–¿Desde luego qué?

–Te lo explicaré enseguida. Isabel, eres un regalo del cielo –le apretó brevemente la mano con afecto–. Debo darme prisa y volver a la ciudad.

Agitó las riendas y puso a Benicio al galope en dirección a las murallas de Verona.

–¿Adónde vas? –preguntó Isabel mientras él se alejaba.

–A la casa Capuleto –respondió, por encima del hombro.



–Oh, dámelo. Me pondré el maldito vestido.

Livia tomó el odiado vestido negro de las manos de Rosalina, que la miró con escepticismo.

–¿Te lo pondrás?

–Así dejarás de mirarme como quien huele algo podrido, sí.

Livia se paró de puntillas y le dio un beso infantil en la mejilla.

Rosalina tragó en seco y luego respondió a la demostración de afecto de su hermana con un abrazo, que provocó en Livia un chillido de sorpresa. Aunque Rosalina lamentaba la muerte de Romeo, a la vez sentía un gran alivio al saber que ella y Livia habían salido ilesas de los acontecimientos de aquel verano. Todo habría

podido ser muy diferente si ella hubiera alentado el afecto del joven. Justamente por temor a esa clase de desastres había rechazado el amor de Romeo. En apariencia, la prima Julieta no había tenido la misma cautela.

—¡Ay! Suéltame, Rosalina, vas a partirme en dos.

Rosalina frunció el ceño; el esfuerzo de contener las lágrimas hizo recrudescer su jaqueca. ¿Cómo será amar a alguien con tal desesperación que no te importe lo que tu propia muerte pueda hacerle a tu familia? Aunque los poetas lo alababan, un amor así era algo con lo que ella no soñaba.

¿Y si hubiera aceptado al joven Montesco de ojos soñadores que había empezado a seguirla a comienzos de la primavera? ¿Y si, en lugar de trabar la puerta a sus visitas, negarse a oír sus sonetos bonitos y sentidos, devolver sus obsequios... hubiera permitido que la cortejara?

Rosalina no había amado a Romeo, pero era imposible que a ella no le agradara. De sonrisa fácil, nunca abusaba del privilegio que le daba su rango. Era común verlo con sus amigos por la ciudad, y hasta los enemigos de los Montesco habían aceptado a regañadientes que era un joven de los mejores. Pocas doncellas de Verona habrían rechazado la oportunidad de tener un esposo así. Pero Rosalina no quería un esposo, de modo que había sido muy fácil endurecer su corazón contra los ruegos de él.

De no haber sido así, si hubiera aceptado su amor y lo hubiera correspondido, ¿habrían podido casarse en paz? Ella no era la única hija de Capuleto, como la pobre Juli. Rosalina y Livia eran apenas sobrinas, y ni siquiera llevaban el apellido Capuleto, sino Tirimo. Tal vez quienes habían muerto seguirían con vida.

Pero ni siquiera la culpa podía convencerla de esa lógica. A los ojos de Verona, ella era una Capuleto. Lo más probable era que igualmente hubieran muerto, y la misma Rosalina estaría descansando en el sepulcro de la familia.

Rosalina sonrió y soltó a Livia, que tomó el vestido negro, lo sostuvo frente a sí, frunció la nariz y lanzó un suspiro de mártir. La hermana mayor alzó los ojos al cielo.

–Son solo unas semanas más.

–Para entonces seré vieja –Livia se quitó el vestido de lino blanco y lo dejó arrugado en el suelo–. Para ti no es problema. El negro te sienta tan bien que tus admiradores te perseguirán más aún.

Rosalina meneó la cabeza ante el parloteo de Livia. Pero era innegable que en aquello había una pizca de verdad. Aunque las dos se contaban entre las bellezas de Verona, las hermanas no podían ser más diferentes. Livia se parecía a su padre, con su fino cabello rubio como la miel, sus grandes ojos azules y la tez clara. Es la clase de rostro sobre el que se escriben sonetos –pensó Rosalina–, pero era innegable que un atuendo negro no lo favorecía. Incluso mientras sostenía el vestido contra su cuerpo frente al espejo, Livia se veía pálida y descolorida, como si pudiera borrarse del todo.

Rosalina era otra historia. Tenía todo el aspecto de una Capuleto, como su madre. Alta y de extremidades largas, también tenía los colores de los Capuleto: ojos verdes, tez aceitunada y labios rosados propensos a hacer mohínes. Llevaba la cabellera imposiblemente espesa de rizos castaños recogida hacia atrás, pero como de costumbre, se le habían soltado algunos mechones rebeldes en torno a la cara. El vestido negro que llevaba puesto –notó sin mucho interés– destacaba más aún su belleza.

Era hermosa. No tenía sentido ser modesta al respecto, dado que todos los que la habían visto desde su nacimiento se lo habían dicho. Pero ¿y qué? Si pudiera, cambiaría de lugar con la muchacha más fea de Verona. Julieta también había sido bella.

Rosalina se inclinó y recogió el vestido blanco que Livia se había quitado.

—Supongo que tienes razón —dijo—. Seguramente debería pasearme todos los días por el cementerio, vestida de luto. Recibiría diez propuestas antes de llegar a salir.

Livia bufó y trató de quitarle el vestido, pero Rosalina lo apartó, lo sostuvo frente a sí misma y le hizo una reverencia como si fuera un muchacho.

—Por supuesto, mi señor, sería un honor casarme con vos —le dijo, esquivando nuevamente a Livia—, pero solo si me prometéis buscarle un marido a mi pobre hermana incasable, Livia.

Livia chilló fingiendo indignación y acometió a su hermana, pero Rosalina, con sus largas piernas, la dejó atrás con facilidad, riendo. La persecución las llevó fuera de la alcoba de Livia y escaleras abajo, hasta el vestíbulo principal.

—¿Tenéis algún hermano bastardo con pie equino, mi señor? ¿Algún sirviente con labio leporino, tal vez? ¿Algún hombre que pueda soportar la indignidad de una esposa a quien el luto no le sienta...?

Rosalina se detuvo tan súbitamente que Livia estuvo a punto de atropellarla. En la entrada, estaba el mayordomo de su tía.

A Rosalina nunca le había caído muy bien Lúculo. Era un hombre robusto y callado que parecía vivir únicamente para obedecer a su ama. Para Rosalina y Livia, él y los demás criados hacían solo

lo que estaban obligados a hacer, y cuando entraban a la casa lo hacían sin anunciarse; para recordarles –pensaba Rosalina– que aquel no era su hogar, que las hermanas no eran sino huéspedes que dependían de la caridad de su tía. Ella les proveía poco más que un techo sobre sus cabezas y dejaba que pagaran el resto de los gastos con sus magros ingresos, pero su servidumbre parecía empeñada en recordarles la ayuda prestada. Aunque Lúculo raras veces hablaba, a Rosalina siempre le parecía ver reprobación en sus ojos cuando miraba a las sobrinas pobres de la duquesa... especialmente después de que Romeo empezó a rondar la puerta de las jóvenes. La duquesa era la madre de lady Capuleto y, a la vez, pertenecía a la familia Capuleto de nacimiento, y nunca había temido expresar su desprecio por todos los hombres, mujeres y niños de la casa Montesco. Rosalina estaba segura de que su criado compartía aquel orgullo altivo de la casa Capuleto. Sin duda, no le agradó mucho ver a dos huérfanas de una rama menor de la familia retozando por la casa como campesinas.

Lúculo se inclinó.

–Señoritas.

Rosalina asintió a modo de saludo mientras se alisaba la falda.

–Buenas tardes, Lúculo. ¿Qué lo trae por aquí?

–Su tío, lord Capuleto, desea hablar con usted, lady Rosalina  
–respondió.

Rosalina frunció el ceño. Ella y Livia no eran tan importantes como para que su tío, el patriarca del clan Capuleto, les prestara atención. Desde que sus padres habían muerto y ellas habían perdido su fortuna, a Rosalina le alcanzaban los dedos de una mano para contar las veces que habían cenado en la gran casa Capuleto sin otros miembros más importantes de la familia.

—¿Qué se le ofrece a mi tío?

Lúculo se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Se lo dirá él mismo cuando lo vea esta noche.

En los últimos tiempos, las calles de Verona no eran precisamente seguras para una mujer sola. Miró por la ventana. El sol era apenas un fragmento que se hundía tras el muro al oeste. Oscurecería del todo antes de que ella llegara a la casa de su tío, aunque se pusiera en marcha de inmediato.

—Mañana por la mañana, quizás —dijo, con tanta amabilidad como pudo.

Lúculo meneó la cabeza.

—Su tío dijo que desea verla cuanto antes. La duquesa, vuestra tía abuela, ya se encuentra en la casa. Ella me envió para que la acompañara, y la traerá aquí de regreso cuando termine de asistir a su hija.

Rosalina frunció el ceño, molesta. Una cosa era que sus parientes importantes como la duquesa y lord Capuleto la ignoraran, pero que le dieran órdenes como a un paje cuando por fin se dignaban fijarse en ella era muy distinto. Contuvo el impulso de ponerse firme y negarse a ir. Pero al menos podía zafar de la compañía de Lúculo.

—No es necesario, señor. Iré sola.

—¿Está segura, mi lady? —preguntó el hombre.

Rosalina sintió la mirada preocupada de Livia. Tal vez ir sola no era la decisión más sensata que había tomado, pero los hombres del príncipe estaban patrullando las calles para evitar cualquier problema, y el trayecto no era tan largo como para tener mucho que temer. Además, de esta manera podría pasar por el cementerio a ofrecer una plegaria en la cripta de Julieta sin que Lúculo la observara.

–Sí. Le agradezco la molestia.

El hombre asintió, hizo una breve reverencia y se marchó. Rosalina cerró la puerta. Ella y Livia se miraron. Los grandes ojos azules de Livia estaban dilatados por la confusión.

–Rosalina, ¿qué querrá tío contigo?

–No tengo idea –respondió su hermana mayor.



Benvolio caminaba, la mano sobre la espada.

Debería estar en casa, lo sabía. Desde la muerte de sus dos mejores amigos, Mercucio y Romeo, su dolida madre casi no lo dejaba apartarse de su vista, como si la sombra de aquel canalla de Teobaldo pudiera surgir de entre las sombras en cualquier momento y clavarle la espada.

Quería quedarse y consolarla. En verdad deseaba hacerlo. Tal vez antes lo habría hecho. De los tres amigos, él siempre había sido el menos impulsivo, el más sensato. Al menos, en comparación con los otros dos impetuosos. Lo cual, sin duda, explicaba por qué él seguía con vida mientras que ellos dormían en sus tumbas.

Benvolio apretó la mandíbula al pensarlo. Sintió que la ira empezaba nuevamente a gritar en su interior. Pues ¿de qué servía evitar los duelos y los romances inconvenientes de tus amigos si ellos morían y te dejaban solo?

Por eso esa noche había huido de las paredes sofocantes de su casa y había salido al aire más fresco de la noche por las calles de Verona. Aún reinaba la tensión en la ciudad, que estaba tensa como la cuerda de un arco, y no sería nada bueno que se viera a un joven